

fara sopra il possibile per sostenersi et non lassare seguire detrimento a S. M. ne a suo essercito ne a suoi stati, ma alle cose impossibile nulla persona e obligata et tutto que lo che piacera a Dio che sequa, non si potra imputare a pocha volonta o negligentia del Sre. Principe ne delli altri ministri de Soa Maesta quali al fine se troverano piu presto habere fatto miracolo in sostenere tanto tempo lo exercito con tanta penuria et con tanta difficulta et contrarieta de tutte le cose dil mondo che essere manchati dil debito loro et che sequisca la roina del tutto...

»Non convene extenderssi molto in persuadere ad Soa Maesta quanto seria piu grato a Dio et ad honore di Soa Maesta et ad beneficio de tutta christianita che si facesse bona pace tra christiani et si ponesse fine ad tante violentie, sachiggiamenti, rapine, incendii, represaglie et sparsione de sangue humano che sono causati gia longo tempo et ogni di vanno multiplicando per la guerra, perche assi si conosce che per Soa Cesarea Maesta non resta ne restara di farla con juste conditione, ma ben si supplica che se degni quanto veda che la pace non possi habere loco et che sia necessario fare la guerra, al manco farla di sorte et con tal gagliardeza che possi condurre li suoi nemici con la forza ad quella pace alla quale non volemo venire per justitia ne per actorita come conviene alla sua regale et imperiale grandeza. In Roma alli XVIII Genaro 1528.»

Alonso Sanchez al Emperador. — Venecia,  
19 de Enero de 1528 (1).

(*En cifra*) «Los de esta república han elegido un embaxador para enviar al Papa, y todavía por muchas vías siento y me afirman que S. S. ha hecho mucha instancia á Lautrech que vaya adelante, y cierto no es de creer que si esto no fuese ó otra intelligencia en el ejército ó ambas cosas, que Lautrecht pasara adelante. Encámínelo Dios Nuestro Señor todo á su servicio y de Vuestra Majestad, que el enviar los de esta república embaxador al Papa me confirma la sospecha, y lo siento porque estos dias ántes estaban en no quererlo enviar; y hame sido referido, no certifico pero, que el Rey de Francia ha mandado á Lautrech que haga todo lo que el Papa le dixiere é ordenare.

(*En claro*.) »Tres dias há que tengo escrito hasta aquí, y dícenme que el ejército es salido de Roma y pasado de Viterbo. Plegue á Dios que sea así. Lautrech era en Faenza; no se sabe qué camino tomará: muchos dicen que va á la vuelta del reino, y esto se habla más; é diz que tomó la fortaleza de Imola á un Sassatello y la dió al Nuncio del Papa; é diz que hará lo mismo de Arimini y lo dará á S. S., y consiente que éstos tengan á Ravena y Cervia.

»El embajador que han elegido al Papa es Micer Gaspar Contarini, que estaba cabe V. M. El Arzobispo de Manfredonia que dicen Sepon-tino, que vino á pedir Ravena y Cervia, me dicen que es ya partido y no bien despachado.»

(1) C. S.—A-42.

El Secretario Perez al Emperador. — Roma, 21 de Enero de 1528 (1).

A los XVII deste scribí á V. M. el motin de los alemanes, y porque pienso irá aquella carta con ésta, no diré sino lo que despues ha subcedido y es que viendo el Príncipe que deste motin se recrecería gran daño y deservicio de V. M., acordó de prometerles que si esperasen XIII dias en tanto que él con algunos sus capitanes y diputados fuese á Nápoles á saber lo que con ellos se podía hacer, que se les darían á dos ducados á la gente comun y á las pagas dobles algo más, en que montarían veinte y dos mill y tantos ducados, y anduvieron en sus consejos sobre esto dos dias, y ayer quedaron algo descordes, pero no para saquear todo el vino y pan cocido que se halló en Campo de Flor y en aquella comarca, y hoy se tornaron á juntar y han acordado y respondido de esperar de aquí á diez dias, con tanto que determinadamente se les diga con efecto lo que con ellos se ha de hacer, y el Príncipe ha sido contento dello y mandó que luego se les diése dinero, y él se partirá de mañana para Nápoles, é irán con él Don Hernando de Gonzaga y ciertos capitanes y diputados de los alemanes. Ha parecido bien al Príncipe y á todos estos ministros de V. M. haberse tomado este apuntamiento con estos alemanes, porque es ganar tiempo con ellos porque no se vayan, como decían, á servir á los enemigos ó á sus tierras, que lo uno sería doblado mal y el otro sencillo.

Espéranse aquí de hora en hora el Marqués

(1) C. S.—A-42.

del Guasto y Alarcon, segun lo que de Nápoles se ha escripto; y lo que traherán, escribirlo há Don Hugo á V. M.; mas si no traen dinero, es excusada su venida, que segun están los alemanes hartos de palabras, no se contentarán con ellas, especialmente que les han faltado muchas.

El Cardenal Coluna no se ha atrevido á venir aquí, pero viene á tres leguas por estar más cerca para lo que conviniere que él haga.

Escribe de Orbieto aquel gentilhombre que allí está por este cesáreo ejército, que se dice Pero Ruiz d'Alarcon, que allí bravean mucho los franceses y que teme no vuelvan al Papa á su devocion, y dice que Su Santidad había enviado breves á los de Civita Castellana para que se diesen á este ejército; y que se creía que ya estarían aquí contentos de los ciento cuarenta y cinco mil ducados, y que así lo habían hecho entender á Su Santidad. Yo todavía me atengo á que ninguna cosa se cumplirá, y que irán disimulando con palabras coloradas; ni tampoco se cumplen los cincuenta mil ducados que se habían de dar á los XVII deste ni hay memoria dellös; y si se habla con los ministros de Su Santidad quieren decir y porfiar que ha cumplido.

Escribe este Pero Ruiz de Alarcon que allí en Orbieto amenazan grandemente con Lautrech y su gente, que viene á Forlin por estorbar que no se entregue á V. M., y que de allí pasará la via del reino, que hacen cuenta tenerle en la mano, y que el Rey de Francia le ha enviado á decir que camine y no pare hasta dar la batalla á este ejército; mas yo no creo que él se ponga á tanta aventura. Dicen que el Conde Pedro Navarro viene en la vanguardia con cuatro mil gascones ballesteros, de quien temerán poco los

cuatro mil quinientos arcabuceros y escopeteros que hay españoles en este campo, sin los que hay entre los alemanes, y sin duda pasan de una suerte y de otra de trece mil quinientos españoles y alemanes, dexado aparte los infantes italianos, que son cerca de cuatro mil. Así que, si Dios proveyese de dinero, ninguna falta habría en este ejército, y segun Don Ugo escribe, hace venir la gente d'armas que estaba en el reino para que se junte con la que está en Velitre.

»Con estas cartas de Pero Ruiz d'Alarcon viene un breve para que Mr. de Vere pueda ir á su corte seguramente, pero yo no creo que dexará el camino que ha comenzado de ir á dar cuenta á V. M. de lo que acá pasa, que cierto importa mucho.

»Escriben de España los grandes preparamentos que V. M. manda hacer para la guerra en enviar gente y dinero acá y armada de mar; que hace estar con grand ánimo á todos los vasallos y servidores de V. M., y no ménos de saber que ha enviado V. M. dinero á Alemania para que abaxe gente, la cual vernía agora á buen tiempo, porque con ella acabaría Antonio de Leyva de recobrar aquel estado de Milan y tomaría los pasos á Lautrech cuando quisiese volver, que espero en Dios volverá mal de su grado.

»Tiene aviso Alonso Sanchez de Ispruch que eran remitidos en Alemania los cien mil ducados para que se enviasen á Italia diez mil hombres y tres mil caballos, y dice que ha escrito al serenísimo señor Rey de Ungría para que mande poner diligencia en que se envíen presto.

Alonso Sanchez al Emperador.—Venecia, 28 Enero 1528 (1).

(En cifra.) «... Por diversos y muchos entiendo, si bien no lo certifico, que el Papa le (á Lautrech) ha dado y da prisa que vaya adelante; y dícenme que Lautrech ha enviado al Conde Guido Rangon y á un otro á Su Santidad por dinero. Los alemanes del ejército están todavía en sus desórdenes, y dicen aquí que se han quedado en Roma haciendo mil males y rescatando muchas casas, y que las que no se quieren componer las queman, y que piden de nuevo no sé qué pagas. Dicen también que el Marqués del Guasto con toda la infantería española é italiana y con toda la gente de caballo es ido en Abrúço á guardar aquellas fronteras. Escribe micer Andrea del Burgo, que el ejército que Lautrech lleva no es bastante para el que estaba en Roma, si dexase los desórdenes. Quanto más poderoso ejército tiene Lautrech y que voluntariamente vaya adelante, tanto es más de sospechar de alguna maldad ó en aquellos alemanes ó en otros.»

Perez al Emperador. — Roma, 28 de Enero, cerrada á los 29, de 1528 (2).

«En la mia de XXI dixe cómo el Príncipe de Orange se partiría otro dia para Nápoles, y así fué. Fueron con él el coronel de los alemanes y ciertos capitanes y diputados. Y despues de partidos de aquí, acordaron parte de los alemanes, que acá quedaban, de salir de Roma y ir á algu-

(1) C. S.—A-42.

(2) C. S.—A-42.

nas grangerías de romanos á robar lo que en ellas hallasen; y mataron tres españoles que hallaron en una; y despues fueron á un lugar de Ascanio Coluna, que se dice Marino, quatro leguas de aquí, y saqueáronlo con mal tratamiento de las mujeres que allí había. Como esto se supo aquí, Hierónimo Moron y Juan d'Urbina, que son los que quedaron á gobernar este ejército, fueron á hablar al tesorero destos alemanes que ellos tienen agora por coronel y tiene mucho crédito; y así mismo á otros capitanes que allí se hallaron con él, y afeáronles mucho lo que habían hecho, habiendo prometido al Príncipe d'esperar los diez dias pacíficamente; y ellos conocieron bien la razon que había para decirles esto, y otro dia hicieron congregacion en Campo de Flor y determinaron de enviar á llamar toda la gente que era ida fuera; y que cuando no quisiese venir, irien á ellos como contra enemigos, y que en lo de adelante se remediarie que no hiciesen más daño, y en lo hecho se pornie el mejor remedio que ser pudiese, para que los dueños de la ropa fuesen satisfechos; y así lo han començado á hacer, que todo lo que se ha hallado, así de ganado como de otras cosas, todo tornó á sus dueños, aunque todavía quieren el brebaje por no perder el trabajo, de manera que al presente están todos en paz esperando la respuesta del Príncipe.

»Como se ha tenido nueva que los franceses caminan y que están ya en Arrimine, que es en Romanía, los embaxadores de Sena que aquí están pidieron al Príncipe les diese hasta dos mill hombres; y que ellos los pagaríen, y despues de partido el Príncipe ellos no querrien que fuesen sin que primero tuviesen aviso de Sena si lo querían ó no. Y á Hierónimo Moron y á Juan d'Ur-

bina parece que deben ir, ora lo quieran, ora no, porque es dar reputacion á las cosas de Sena, y tambien porque si franceses vinieren, haya quien les responda; y así enviarán á Fabricio Marra-mao, que es coronel de dos mil italianos, y partirá un dia destes.

»Por el Príncipe y por estos ministros de V. M. se movió cierto partido para haber ciento cinco mil ducados en Nápoles, y Don Ugo ha escripto que es contento de aceptarle; y pues el Príncipe es ido allá y tambien un mercader que movió partido de dar ochenta mil ducados, allá se concertarán y darán aviso á V. M. dello, y los veinte y cinco mil quiere dar un hijo de Agustin Guis, porque le den estado equivalente en Nápoles; y si estos dineros se han, será mucha ayuda para que salga de aquí este ejército, y mayor lo sería si viniese el socorro de dinero y gente que V. M. mandó escribir al General y á Vere, de que acá se tiene grand esperanza y espéranlo de hora en hora, porque V. M. dice que mediado este mes ó en fin dél será acá; y, cierto, ha dado gran ánimo saber esto á todos los vasallos, criados y servidores de V. M.

»De la corte del Papa ninguna nueva se sabe, ni se ha cumplido lo de Civita Castellana. Algunos piensan que S. S. dilata esto, porque ha enviado á V. M., y espera que no sólo V. M. le hará gracia deste lugar, pero de los otros que tiene suyos, y para el cumplimiento de los 145.000 ducados, que había de dar quince dias despues de su deliberacion, aún faltan más de veinte y siete mil, que no ha cumplido ni tampoco los cincuenta mil que había de dar á los diez y siete deste, y se tiene poca esperanza de lo uno y de lo otro.



»Háse certificado que Su Santidad ha hecho otro nuevo cardenal en Venecia, pariente de los Grimanos, que son allí rica gente, y que le dieron treinta mil ducados; de manera, que si hubiese querido Su Santidad cumplir lo prometido, no le habría faltado de qué.

»Há dos dias que se tiene aquí aviso que son pasados hasta seis mil infantes y ciertos caballos de la liga desta parte de Tiber á unos lugares que se dicen Tibuli y Vicovabado y Palestrina y que vienen con ellos el Abad de Farfa y Estéfano Coluna, cada uno por recobrar lo suyo, el Estéfano á Palestrina, y el Abad el Ducado de Tallaco; y hasta el punto que esto escribo, aún no se ha sabido bien la verdad; mas si lo fuere, está determinado este ejército á salir á darles una mano, y harán recoger aquí toda la gente que está de fuera para ir todos juntos: y los capitanes alemanes, como han sabido la venida desta gente, se han ofrecido que ellos y todos los alemanes saldrán fuera, y que no aguardarán á ser pagados ni á otra cosa, y que quieren vivir y morir en compañía de los españoles y hacer todo lo que ellos quisieren hacer; y segund ellos estaban estos dias desdeñados, háse tenido en mucho, y así se les han dado las gracias de parte de V. M., que, cierto, lo hacen tan bien que no se puede mejorar; y luego escribieron á su coronel, que está en Nápoles, la determinacion en que estaban y que se viniese; y tambien Girónimo Moron y Juan d'Urbina escribieron al Príncipe y á Don Ugo para que les enviasen su parecer en caso que esto fuese cierto, y así se espera.

»Créese que ya el Papa es partido de Orbiato á Ancona, segund las nuevas han venido de allí; y diz que Su Santidad dexa dentro de Orbiato

dos mill arcabuceros, y en todos aquellos lugares de la Iglesia dexa guarnicion de gente para guardarlos; y esto, con ver que esta gente de la liga pasa acá y que Lautrech diz que es llegado á Pesaro, no se tiene á buena señal, juntamente con no haber cumplido nada de lo prometido, así en el dinero que falta como en lo de Civita Castellana. Quiera Dios que no salgan ciertos los adivinós, que grandes señales se ven para creer cualquier cosa que se diga de Su Santidad en ser participante en lo que contra V. M. se hiciera, porque claro está que Lautrech no se atreviera á pasar tan adelante sin su licencia, y ésta su ida á Ancona aún da más señal dello; á lo ménos estará en parte donde se podrá ir presto á Venecia, si viere que le conviene, por no se ver en otra tal como la pasada.

»Agora se ha sabido la verdad de la gente que ha pasado desta parte del Tiber, y son los sobredichos Abad y Estéfano Coluna con doscientos caballos y mil arcabuceros, y han dexado ciento en un lugar, que se dice Valmonton, y con el resto van hácia Salmoneta á tomar, si pudieren, la municion que viene de Nápolés para el artillería, y luego se ha proveido de aquí de enviar cuatro banderas de arcabuceros, y en Velitré están otras dos con la gente d'armas que bastarán para defenderles que su mal propósito no venga en efecto, y si más gente fuere menester se enviará de hora en hora.

»El Cardenal Coluna ha enviado aquí á pedir licencia que dexen hacer á un su capitan ciento cincuenta ó doscientos arcabuceros españoles, y gela han dado y le han ofrecido que habiendo necesidad irá todo el ejército por sólo el bien y servicio particular suyo, y que luego enviarán á

Palestrina y á aquellos lugares sus convecinos de coluneses al coronel Fabricio Marramao, que llevará casi dos mill hombres, porque los emba-  
xadores de Sena no han querido que fuesen á Sena sin tener aviso de sus mayores.

» Los alemanes, digo el thesorero dellos que es en lugar del coronel, y algunos capitanes fue-  
ron á hablar al legado y á quejarse de Su San-  
tidad que no había cumplido lo prometido, y que  
por esto no salían de aquí y se destruía y acaba-  
ría de destruir esta ciudad; y que, así protestaban  
que era Su Santidad causa dello y no ellos, y en  
esta seña otras muchas cosas. El Cardenal diz  
que escusaba cuanto podía al Papa, porque de  
veinte y seis mil ducados que faltaban á cumpli-  
miento de los ciento cuarenta y cinco mil du-  
cados, los veinte mil había de dar aquel de Gon-  
zaga, y que el Cardenal Coluna se había con-  
tentado de tomallos en él, y que el resto era  
aparejado de cumplillo, y el Cardenal nunca de  
tal se contentó, mas de que si gelos diesen hol-  
garía de tomallos, mas nunca le acometieron con  
ellos; y en lo de los cincuenta mil ducados que  
les había de dar á los XVII deste, les respondió  
que no era Su Santidad obligado á dárgelos hasta  
que saliesen de aquí. Y con estas escusas se vol-  
vieron no muy contentos; mas pues ellos están de  
buena gana para servir á V. M., como he dicho,  
no lo estorbarán las escusas ni respuestas que el  
legado les ha dado.

» Agora se hacen las guardias con mayor cui-  
dado y diligencia que hasta aquí, que junto con  
el castillo desta parte de la puente y de la otra,  
en el burgo se ponen las centinelas y llegan tan  
junto al castillo que ya el legado se ha enviado  
á quejar dello, y tambien que no se consiente que

pongan en el castillo tanta ropa de Roma cuanto querrian algunos de la ciudad, porque hasta aquí han puesto mucha dentro.

»Ciertamente el Capitan Juan de Urbina y Girónimo Moron, cada uno en su arte, lo hacen tan bien y tienen tanta vigilancia en el servicio de Vuestra Majestad cuanto decirse puede, y no dañaría que á cada uno dellos en particular les mandase V. M. scribir algunas buenas palabras, y no ménos al Cardenal Coluna y á los de su casa, como son Vespasiano y Ascanio Coluna, pues desto está cierto el provecho y seguro el daño.

»Cada dia se espera al Marqués del Guasto y dicen que traerá algund dinero, lo cual se espera con grand deseo. Verná con él el Duque de Malfe, que va con cien caballos á la Borgoña á ser capitan de seneses.

»Las banderas, que de aquí fueron el otro dia, son pasadas de Velitre é ido á Salmoneta á traer la municion que de Nápoles venía á Velitre; así que no se teme que habrá en ello estorbo ninguno.

»Hasta los XXII deste el Papa no era partido de Orbieto ni se dice que hubiese de partir para Ancona.»

Perez al Emperador.—Roma, 3 de Febrero, 1528 (1).

«Lo que hay que decir, despues que á los XXIX escribí, es que el Papa se está en Orbieto y dicen que muy de reposo sin pensamiento de ir á Ancona, como de ántes se había dicho.

»Estos de la liga, que son pasados acá, no han hecho más de tomar algunos de sus lugares y no ha venido el Marqués de Saluzio en su socorro, y

á lo que se cree, ellos están más perdidos que ganados; y ya se ha enviado al Cardenal Coluna facultad que haga contra ellos todo lo que le pareciere, que de aquí se le enviará gente, y que todo lo que gastare en llevar su artillería, se le pagará juntamente con la munición que pusiere; y el Cardenal es persona que con la meytad desto hará maravillas, cuanto más teniendo las espaldas seguras.

»Las cuatro banderas que de aquí fueron no han hecho hasta agora más de traer á Velitre la munición, y tienen orden y tambien la gente d'armas que allí está que hagan todo lo que el Cardenal les mandare.

»El legado me dixo que no habría falta en el cumplimiento de los ciento cuarenta y cinco mil ducados y en lo de Civita Castellana, mas que los cincuenta mil ducados pasados ni los que agora vienen á pagarse creía era imposible poderlos dar tan ayna. Harto bien es tener las voluntades de los alemanes para salir de aquí, que de otra manera tuvieran color de estarse quedos esperando estas pagas. Dios enderece las cosas de V. M. por el buen fin que en ellas anda; y así espero que las enderezará siempre, mas con todo esto no es de descuidar en lo que conviniere proveerse para este cesáreo ejército, que sosteniéndole es bastante para pasar por todo el mundo.

»Parece que no hay memoria de partirse Su Santidad de Orbiato, de donde ninguna nueva ha venido, aunque háy cartas frescas de allí.

»Las cuatro banderas que fueron á Velitre son vueltas aquí, así por falta de no hallar qué comer como porque no podian hacer nada contra los enemigos, que se están en sus castillos y no salen dellos.

»La gente del coronel Fabricio Marramad vino aquí de camino para Palestrina y ya es partida: son XX banderas, en que casi hay dos mill hombres y los setecientos son arcabuceros; y si el Cardenal Coluna quisiere más gente, gela enviarán.

»Aun hasta hoy, que son dos de Febrero, no es venido aquel capitán alemán que había de venir con la respuesta de Nápoles á estos alemanes, los cuales están mal contentos y querrían que se les diese algund más dinero con que se entretuviesen en tanto que la respuesta viene, y si tarda será forzado dárgele porque no hagan otro motin.»

Perez al Emperador.—Roma, 8 de Febrero, 1528 (1).

«Lo que hay que decir despues de lo que á los tres escribí, es que estos alemanes están alegrés porque el Príncipe de Orange ha escrito que les trae dos pagas y promesa de otras dos que les pagarán de mes á mes.

»El Cardenal Coluna ha avisado por una su carta de cuatro deste, que ha sabido que Lautrech á los XXX de Enero estaba en Ancona y que caminaba derecho al Tronto, y que allí le había venido un correo del Rey de Francia con quien le enviaba á mandar que caminase adelante, porque ya la paz con V. M. no se podía hacer, y que determinaba gastar en guerra los dos millones que daba á V. M. por sus hijos. Al Cardenal le parecen dos cosas, la una que este ejército saliese de aquí presto y fuese á estorbar la entrada en el reino á los enemigos ó ponerse en algun paso fuerte, donde de necesidad viniesen á

pelear ó se volviesen atrás, ó que fuese este ejército hácia Florencia y allanase aquello y despues volviese á buscar los enemigos, mas ni lo uno ni lo otro se podrá poner en obra hasta que lleguen aquí el Principe y Marqués del Guasto y Alarcon que se esperan presto. Como vengan se dará orden en lo que se ha de hacer.

»El legado que aquí está afirma que el Papa no ayudará á franceses, y que así gelo ha dicho claro Su Santidad á ellos, diciendo que no quiere guerra, y que allá se avengan franceses y venecianos que la tengan con quien quisieren.

»Ofrece el legado los veinte y seis mil ducados que faltan de los ciento cuarenta y cinco mil en viniendo el Principe con las dos pagas; pero en lo demas que Su Santidad ha de cumplir no habla ya más en ello, sino sólo dice que no faltará á lo prometido.

»El Principe y el Marqués del Guasto se esperan aquí dentro de dos dias, y son venidos los electos de los alemanes que el otro dia fueron con el Principe á Nápoles; y han referido á toda la gente lo que se ha hecho y el dinero que se trae y han sido contentos de esperar á que vengan y de salir fuera de aquí con las dos pagas que les traen y la promesa de las otras dos.

»El capitan Juan de Urbina y Girónimo Moron han scripto á toda la gente de pié y de caballo, que está aposentada en esta comarca, que se venga luego aquí, porque venido el Principe y el Marqués se pueda partir este ejército para donde convenga; y lo que agora se piensa de hacer es ir á buscar los enemigos, si fueren entrados en el reino ó á doquiera que estén.

»El General me envió á decir, hoy que son VI de hebrero, que él se partía para España y que

iba por Orbieto, porque así gelo había enviado á mandar Su Santidad y se partía aquel dia. Yo nunca hé podido saber dónde ha estado despues que se salió de Araceli, ni nadie lo ha alcanzado, como quiera que siempre se ha creído que estaba en algund monesterio cerca de aquí. Dios le lleve con bien á V. M., que pues Su Santidad le envía á llamar no puede ser sino con grandes cosas.

»A los VI tornaron á salir de aquí hasta mill ó mill y quinientos alemanes desmandados y fueron á un lugar que se dice Frascata, que es del Cardenal Coluna, cuatro leguas de aquí, y probaron á entrar dentro y no pudieron y mataron cinco ó seis dellos, y viendo esto acordaron de tomar todo el ganado mayor y menor que pudieron haber y traxéronselo consigo, y diz que lo más dello era del Cardenal. Hácese restituir todo lo más que se halla en pié, mas todavía se ha perdido buena parte dello y hasta este punto no se sabe cómo ha tomado esto el Cardenal, pero créese que estará muy enojado. Dicen los capitanes alemanes que no consentirán que ninguno salga más fuera, pero hablar en castigar lo hecho es escusado; mas sé que está muy enojado de los dos mil italianos de Fabricio Marramao que fueron á Palestrina, porque han hecho allí todo el daño que pudieran hacer enemigos, saqueando iglesias y monesterios y haciendo fuerzas á mujeres, demás de haber saqueado quanto había en las casas; de manera que más daño se hace á los servidores de V. M. que á los deservidores, y con esto están todos malcontentos.

»Como salga este ejército de aquí me entiendo ir á Nápoles y allí esperar el mandamiento de V. M. á quien humildemente suplico me envíe á mandar lo que fuere servido que haga.»



Lope de Soria al Sr. Mercurino de Gattinara.

Mirandola, 8 de Febrero, 1528 (1).

(En cifra.) «Monssiur de Laütrech con su ejército debe ser en éste dia dentro del reino de Nápoles, porque á los XXVI del pasado era junto á Santa María de Loreto y caminaba con diligencia por entrar en el reino por la parte d'Abruzo y amuestra tener inteligencia con algunos alemanes de los que están en Roma, y puédesse creer pues con tanta seguridad pasa adelante; llevando tan poco ejército y siendo el nuestro de Roma tan grueso y lucido; y tambien se tiene por cierto que el Papa lo hace ir adelante, el cual todavía está en Orbieto y los nuestros en Roma perseverando en sus desórdenes y divisiones. Los alemanes están determinados de haber todo lo que se les debe y que prometió el Papa, ántes que salgan de Roma, y entre ellos y los españoles no hay tanta conformidad como sería menester; ni tampoco entre el Príncipe de Orange y los otros capitanes principales, y una parte de los alemanes había pedido licencia para irse á sus casas, prometiendo de no servir á ninguno contra Su Majestad, y el dicho Príncipe los ha detenido con cierto socorro y buenas palabras. El Marqués del Guasto vino de Nápoles con dineros, ansi de los nuevos Cardenales como de S. M., y no abastando para sacar los alemanes de Roma era vuelto á Nápoles por haber más, y Alarcon era ido á Nápoles con los Cardenales hostages, y, segun me escriben, con pensamiento de no volver al ejército; de manera que aquello está en toda conclusion y *la causa es el Papa* por no cumplir

(1) C. S.—A-42.

con lo que prometió por su liberacion, ántes ha dado algunos dineros y buenas palabras *por entretenerlos en Roma* y hacer multiplicar las pagas de los soldados y poner más confusión y division, y en este tiempo ha hecho caminar al dicho Lautrech; de manera que si Dios no hace algún milagro de los que suele, veo en mucho trabajo lo de Nápoles y todo el resto de Italia. Todavía tengo esperanza que los de Nápoles darán alguna formá para contentar los dichos alemanes porque salgan de Roma y vaya todo el ejército unido contra los enemigos, y pienso que no serán tan malos los del ejército que viéndolos tan cerca no se concierten para ir á ofenderlos por defender el estado de S. M. y sus vidas y honras, pues todo esto se arrisca en estar divisos; pero hay gran falta de cabeza como esto viene, y es muy necesario que S. M. lo provea con toda celeridad. Acá se dice que envía el Marqués de los Velez, y es tenido por persona suficiente: plegue á Dios arribe presto.»

Alonso Sanchez al Emperador.—Venecia, 9 de Febrero, de 1528 (1).

(*En cifra.*) «Micer Andrea del Burgo me escribe que entendié que el Papa es en las obras con los de la liga y que espera tiempo para se poder descubrir; y creo yo que es así, puesto que se diga públicamente que quiere paz con todos y guardar lo que ha prometido á V. M.; pero el haber solicitado á Lautrech que vaya al reino, el no haber pagado al ejército lo que prometió, ni haber entregado á Civita Castellana, señales

(1) C. S.—A-42.

son harto claras de su inobservancia é voluntad. Por bonísimas vías entiendo que está S. S. muy mal con el Duque de Ferrara y aún con el Cardenal Cibo, que entendió en la capitulación con él, la cual no quiere S. S. sentir en ninguna manera, y el Cardenal está mal con el Papa porque no lo guarda, que dize lo hizo con su orden con brebe de crehencia que desde el Castillo le envió con persona propia.

«Teniendo escripto hasta aquí, entiendo de cierto que el Duque de Ferrara ha dado tambien sus cien lanzas á la liga y seis mil ducados por un mes; de manera (*En cifra*) que no queda nada en Italia que no dé ayuda contra V. M.»

El Secretario Perez al Emperador.—Roma, 12 de Febrero, de 1528 (1).

«El Príncipe (de Orange) y el Marqués del Guasto y el Duque de Malfé vinieron ayer y luego comenzaron á entender en lo que convenia para la presta salida de aquí deste cesáreo ejército; y háse dadó tal orden que los alemanes, sabido las dos pagas que les traen y la promesa de otras dos de mes en mes, han hoy respondido al Príncipe que les habló, que son contentos de salir é ir á buscar los enemigos y hacer todo lo que les fuere ordenado por el dicho Príncipe; y el Marqués del Guasto habló á los españoles, los cuales de muy buena gana salen y no veen la hora de verse con los enemigos, aunque no dexan de conocer que se les hace agravio en no darles á ellos dineros como á los alemanes; así que con ayuda de Dios, dentro de cuatro ó cinco dias al más tar-

(1) C. S.—A-42.

dar, este ejército será salido de Roma y caminará para el Reino é irá por la vía de Sanct German, para desde allí hacer el camino que conuerná para hallar los enemigos.

«Vino con el Príncipe y con el Marqués Antonio de Sanct Severino que es hecho nuevo Cardenal y traxo consigo veinte mil ducados, con los cuales y con cincuenta mil que traxo el Príncipe se darán dos pagas á los alemanes; y el Legado sobre estos veinte mil ducados dará otros cinco ó seis mil que faltan para cumplimiento de los ciento cuarenta y cinco mil; pero ha querido que el Príncipe le prometa que dentro de VIII dias al más tardar sacará de aquí este ejército, y así gelo ha prometido y le dará conocimiento de todos los ciento cuarenta y cinco mil como se acaben de recibir.

«Dase buena orden á proveher de vituallas por el camino y en llevar el artillería, la cual será poca por no embargar el caminar, que no llevan sino un cañon y dos medios cañones y envían por mar dos cañones á Gaetta ó Nápoles, para que de allí los envíen con otras piezas donde vieren que conuerná.

«Yo me voy, como he dicho por otras, á Nápoles, donde V. M. me enviará á mandar lo que fuere servido que haga, que allí esperaré sus mandamientos.»

Don Hugo de Moncada, Virey de Nápoles, al Emperador.—Nápoles, 16 de Febrero, de 1528 (1).

«Lo que al presente ocurre es que he recibido letras del Príncipe de Orange y del Marqués del

(1) C. S.—A-42.

Gasto de los XIII deste mes, que me avisan que con los cincuenta mil escudos que de aquí llevaron y con alguna otra cantidad que cobraban de lo que el Papa es obligado, sacarían el ejército de Roma; y que el dicho Marqués iría delante con los caballos ligeros y una parte de los españoles y los italianos á tomar de pasada á Valmonton, que lo tienen los enemigos, y harían la vía de Sant German; y que el resto del ejército, hoy dia de la fecha de esta, sería fuera todo de Roma.»

Don Hugo de Moncada al Emperador.—Nápoles 6 de Marzo de 1528 (1).

«Ayer llegó aquí Mr. de Ubauri, con el cual recibí la letra de V. M. de XXX de Enero y entendí lo que me dixo de parte de V. M., á lo cual no podré responder agora tan particularmente como quisiera y fuera razon, á causa que una carabela se parte en este punto á la ventura; mas despacharé yo otra esta semana y responderáse á todo.

» Aunque el Marqués del Gasto, en sacar de Roma y sin paga los españoles que salieron primero y el Príncipe de Orange dos dias despues con el resto del ejército, usaron toda la diligencia que se pudo encaminar; no pudieron ser tan presto al oppósito de los enemigos que ya no fuessen perdidas las provincias de Abruço; y hallándose el ejército de V. M. entre Venáfré y lo convecino para ir á hallar los enemigos, los que habian venido al Aquila y Sulmona, que era el Condé Pedro Navarro y Valerio Ursino con cinco ó seis mill infantes y quinientos caballos ligeros,

(1) C. S.—A-42.

se fueron á juntar con Lautrech, que con la masa del ejército hacía el camino de la marina, la via de Pulla. De suerté que fué necesario que el ejército de V. M. travesase por el val de Benavente para salir en Pulla...

»Entre el Príncipe de Orange y el Marqués del Gasto hubo alguna discrepancia de opinión sobre el camino que había de hacer el ejército para ir en Pulla; y pues ya en aquel artículo no había remedio, á causa que la gente se había aviado por el val de Benavente, como arriba he dicho, quise ir á verme con el dicho Príncipe en Benavente, donde estovimos todos y comunicamos lo que parecía que se debía hacer estando las cosas en los términos que están; y resolvimos que el Marqués se fuese delante á ponerse en Troya, antes que los enemigos pudiesen preocuparla, y así se partió á los dos del presente é hizo lo que V. M. verá por una que me ha escrito, la cual va con la presente; y pues también verá V. M. lo que el Príncipe me escribe, diré solamente que es muy necesaria la provision que V. M. há de enviar de dinero y de gente para lo de acá, porque la guerra se alargará. Yo envío hoy treinta y cinco mil escudos al Príncipe de Orange para los alemanes, y hélos habido en esta ciudad pidiendo como por Dios.

»Yo no he enviado hasta agora persona que resida con el Papa, esperando que vernía el que V. M. ha de enviar; y pareciéndome que no es bien que en aquella corte no haya alguno que comparezca por V. M.; considerando que los españoles son allí mal vistos, no del Papa, sino de los de la corte, he acordado que vaya allá mi- cer Joan Antonio Muscetula, el cual no espera para partirse sino lo que parecerá al Príncipe de

Orange que se deba tratar con S. S., sobre lo que trae el dicho Ubauri, porque yo le he scripto y espero su respuesta. V. M. se acuerde que es muy necesario que venga presto la dicha persona que ha de venir de allá á S. S.)»

El Secretario Perez al Emperador.—Nápoles, 6 de Marzo, de 1528 (1).

«A los XVII de Hebrero se partió todo el ejército cesáreo para este reyno, con tanta voluntad cuanta no se podría decir, de topar con los enemigos, y así los ha venido á buscar y está á X millas dellos en Troya y ellos en Nuchera y Sancta Severa, como Don Hugo lo escribe.

»Yo me vine con el ejército por venir seguro hasta Sant German y de allí me vine aquí, adonde esperaré el mandamiento de V. M., como ya por otras lo tengo scripto; y segund las crueldades se han hecho en Roma en españoles y alemanes, así de la gente del Abbad de Farfa como de algunos romanos, no me pesa haberme venido (2).»

(1) C. S.—A-42.

(2) En carta de 26 de Marzo de 1528 escribía el mismo desde Nápoles al Emperador: «Pues V. M. es servido que yo esté acá hasta que venga Embaxador; hacerlo hé; mas pésame no estar en la Corte de S. S. para poder hacer lo que V. M. me envía á mandar agora. que desde aquí puédese mal negociar aquello, porque de XX cartas que se escriben á Orbieto, donde S. S. está, se pierden las XIX y allá no hay quien en ello entienda; y así será forzado esperar á que yo pueda ir seguro, que al presente mal aparejo hay, que no puede pasar de aquí á Roma ni de Roma á Orbieto español que no sea muerto, y en Roma no se puede estar seguro y en Orbieto me dicen que son muy mal tratados todos, aunque de S. S. no sería mal tratado ninguno que allí estuviese por V. M.,

mas de los demas estaria en peligro, segun lo que de allí se ha escripto y escribe siempre; y á esta causa yo me vine aquí.»

En otra de 12 de Mayo escribe á S. M.: «Todavía (en Roma) andan los alemanes y españoles y de otras naciones, súbditos de V. M., á sombra de tejados.»

Perez al Emperador.—Nápoles, 29 Octubre, 1528 (1).

«Vino á Roma S. S. martes VI del presente, una hora antes de noche, con una grand agua que hizo: no quiso que le saliesen á recibir y apeóse á Belveder y de allí fué á hacer oracion en Sanct Pedro y tornóse á su aposento. Traxo docientos de caballo y quinientos infantes de guardia. Echóse luego bando que, sopena de muerte y perdimiento de bienes, ninguno hiciese daño ni diese molestia á español ni tudesco; y que todos los que fuesen ecclesiásticos traxesen hábito clerical y anduviesen sin barba crecida; y todos escriben que hay mucha pacificacion y seguridad en Roma; y así se vuelven á ella todos los que por acá andaban derramados.

»Con grandísimo deseo se espera por todos los deste cesáreo ejército la venida de Balançon; y algunos y los más principales están mal contentos de ver la poca cuenta que V. M. hace de lo de acá y de los que le sirven, habiendo seis meses que se encerraron aquí y no haber venido mensajero que traiga algo sino remitiéndose á Balançon; y paréceles que V. M. no estima las cosas destas partes ni su felicissimo ejército, siendo en calidad del número que es el mejor que se ha visto jamás. Humillmente suplico á V. M. me perdone por lo que digo que de oír tantas veces lo que aquí escribo; me ha parecido no callarlo, creyendo que V. M. rescebirá en servicio que se le escriba para mandar proveer lo que á su cesáreo servicio conviene.»

(1) C. S.—A-43.



## APÉNDICES.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## DOS DIÁLOGOS ESCRITOS POR JUAN DE VALDÉS <sup>(1)</sup>

A SABER: «EL DIÁLOGO DE MERCURIO Y CARON» Y «EL DIÁLOGO ENTRE LACTANCIO Y UN ARCEDIANO.»

### I.

Diálogo de Mercurio y Caron en que, allende de muchas cosas graciosas y de buena doctrina, se cuenta lo que ha acaescido en la guerra desde el año de mill y quinientos y veinte y uno hasta los desafíos de los Reyes de Francia et Inglaterra hechos al Emperador en el año MDXXVIII (2).

(Despues de la batalla de Pavía, dice Mercurio, uno de los interlocutores):

(1) Publicóse el primero, por primera vez, hácia el año de 1530, en un volumen en 4.º, de letra gótica, y 73 hojas. El segundo imprimióse en Paris el año de 1586 en un volumen en 8.º, de 83 páginas. Hay otra edicion más antigua en un volumen de 43 hojas, letra gótica, de la que se hizo una traduccion italiana hácia el año de 1546, conociéndose de ella hasta cinco ediciones. Reimprimió los dos *Diálogos* en 1850 el activo é inteligente colector de los *Reformistas españoles*, D. Luis Usóz, de quien son las anteriores noticias bibliográficas y las siguientes biográficas.

Alfonso y Juan de Valdés fueron naturales de Cuenca é hijos gemelos de un rico caballero, regidor perpetuo de aquella ciudad, llamado D. Hernando de Valdés. Eran tan parecidos los dos hermanos, que muchos no los sabían distinguir, no sólo por su estatura, rostro, maneras, voz, etc., sino tambien por su carácter é

(2) Sólo trascribimos aquí lo que tiene relacion con el principal objeto de este libro.

«Viérades venir luego de todas partes (de Italia) al Emperador unos escusando sus faltas y otros, habiéndolo deservido, dándole á entender que le habían servido. Franceses se temían que el Emperador mandaría pasar su ejército en Francia; Venecianos que lo enviaría sobre sus tierras; el Papa que á lo ménos le querría quitar las ciudades de Parma y Placencia, que por su consentimiento tenía en el Estado de Milan, y que despues si se le antojase haría otro tanto de todo el patrimonio de San Pedro.

ideas. De aquí que las obras literarias de los dos hermanos se hayan atribuido á uno solo, al Secretario de Carlos V. Los dos fueron discipulos de Pedro Mártir de Angleria. Alfonso de Valdés desempeñó durante unos doce años (hasta 1532 ó 34) el cargo de Secretario del Emperador. Juan de Valdés acompañó á su hermano en la corte cesárea y fué camarero de Adriano VI. Los *Escritos Valdezianos*, exceptuadas las cartas oficiales escritas por Alfonso, los formó y preparó para la prensa Juan de Valdés, siguiendo acaso las inspiraciones ó apuntes de su hermano. El Sr. Usoz copia el siguiente párrafo de carta del famoso Erasmo á Alfonso de Valdés, como prueba de esta identidad de caracteres.

«No te apures, mi querido jóven, ni me expliques las excusas de tu excesivo silencio. Quede esto sentado entre nosotros: Cuenta siempre por carta para tí la que yo escriba á tu hermano, y su respuesta la contaré yo también como carta tuya; pues para mí, no sólo sois gemelos, sino que os conceptúo por una sola persona más bien que por dos cuerpos.» Juan de Valdés se refugió en Nápoles huyendo de la persecucion pontificia ocasionada por los *Diálogos*, en Febrero de 1529, creyéndose así bastante asegurado por haber fallecido en 7 del mismo mes el nuncio Castiglione, que por su cargo podía perseguir á los dos hermanos. En Nápoles se dedicó Juan al estudio y principalmente al exámen de la *Biblia*. No se sabe cuál fué la suerte de Alfonso Valdés despues del año 1532, que estuvo en Ratisbona ejerciendo su cargo de Secretario; por lo que puede suponerse que en 1533 abandonó la corte, ó más bien, huyó de ella.

Luego que el Papa supo la rota y prision del Rey de Francia, hizo liga con el Emperador. Este envió á ofrecer la paz á los franceses, si le querían restituir lo que le tenían usurpado. Y miéntras el Emperador ofrecía á sus enemigos vencidos la paz, mandando deshacer el ejército que tenía en Milan, el Papa y otros señorios de Italia se confederaron contra el Emperador, no fiándose de su clemencia; y como esto se descubriese, fué menester no solamente entretener el ejército, sino que los capitanes del Emperador se apoderasen del Estado de Milan para asegurarlo, creciendo de esta manera la sospecha que tenían los Señores de Italia de que el Emperador quería tomar aquel Estado para sí y que despues haría lo mismo con ellos. El Emperador puso sin embargo en libertad al Rey de Francia en virtud de ciertas promesas que éste le hizo y que en quanto se vió libre cumplió y comenzó á concertarse con el Papa y los enemigos del Emperador, y quando le pareció tiempo oportuno publicó en Francia la liga que tenían hecha el Papa, el dicho Rey de Francia, Venecianos y Florentines contra el Emperador. Pasaron tropas francesas á Italia, y el Papa y Venecianos enviaron sus ejércitos contra el que el Emperador tenía en Lombardía, so pretesto de restituir en su Estado al Duque Francisco Esforcia. Pero el ejército del Emperador se defendió muy bien en Milan, y aquel mismo año acaeció la entrada de Don Hugo de Moncada en Roma con los Coloneses, que saquearon el palacio del Papa, el cual huyó al Castillo de Santo Angel. El resultado de este ataque fué hacer el Papa tregua con el Emperador por cuatro meses y con esto se salieron de Roma. A esta sazón el Ar-

chiduque de Austria y Rey de Hungría y de Bohemia, Don Fernando, hermano del Emperador, envió á Italia unos diez mil alemanes, á petición del Duque de Borbon, lugarteniente del Emperador, hallándose en Milan. Y con la venida de éstos, determinó de tomar la vía de Roma, porque era certificado que el Papa había rompido la dicha tregua y que su ejército por mar y por tierra destruía y ocupaba el reino de Nápoles... Siguiendo, pues, el ejército del Emperador el camino de Roma, el Papa, que dello fué avisado, por estorbar la venida suya, hizo una tregua por ocho meses con el Visorrey de Nápoles en nombre del Emperador, y fecha, enviáronla á notificar al ejército para que se volviese.

CARON.

¿Qué seguridad tenían ellos que el Papa les guardaría esa tregua mejor que guardó la que hizo con Don Hugo?

MERCURIO.

Ninguna. Y aún por eso el ejército nunca se quiso volver, por mucho que el Duque de Borbon lo procurase.

CARON.

Pues si él quería, ¿por qué no los hacía volver?

MERCURIO.

No era en su mano por dos respectos: el uno, como el dicho ejército no era pagado, no obedecía; y el otro porque los alemanes estaban ya determinados de vengarse de Roma por el grande odio que le tenían.

CARON.

Debían ser luteranos.

MERCURIO.

Antes no; mas como los alemanes se pusieron en pedir remedios de algunos agravios que reci-

bían de la Sede apostólica, los romanos Pontífices nunca habían querido entender en ello por no perder su provecho, y á esta causa habían sucedido en Alemania tantas discordias, muertes y daños irreparables en manera que queda casi destruida.

Unos echaban la culpa del saco de Roma al Emperador por haberlo hecho su ejército; otros al Papa, porque siendo Vicario de Cristo excitaba y mantenía la guerra, y otros al Rey de Francia, que había sido causa de todas las revueltas; de donde aquella destruccion de Roma había emanado.

El Emperador escribió á los príncipes cristianos cómo aquello se había hecho contra su voluntad. Determinados los Reyes de Francia é Inglaterra de hacer guerra al Emperador, por tenerlo siempre en necesidad, esperando que viniese la primavera, enviaron un nuevo ejército á Italia, diciendo que iban á libertar al Papa. Aunque el Emperador les había escrito que le enviasen su parecer en lo del Papa, ellos lo disimulaban para ejecutar su mal propósito y por descuidar al Emperador que no proveyese las cosas de Italia, á cuyo efecto enviaron nuevos embajadores á España, para que tratando de la paz tuviesen al Emperador descuidado. Pasado el ejército de franceses en Italia, como el del Emperador estaba todavía en Roma medio amotinado sin querer marchar á Lombardía, los franceses tomaron á Génova y comenzaron á ganar tierra en el Estado de Milan. En este medio los embajadores de Francia é Inglaterra, después de varias dilaciones, vinieron con el Emperador en esta conclusion: que se quitase de la capitulacion de Madrid el capítulo referente á la restitucion de

Borgoña, quedando su derecho á salvo al Emperador, y que el Rey de Francia le pagaría por su rescate dos millones de ducados de oro, de los cuales se descontase lo que el Emperador debía de dineros prestados al Rey de Inglaterra; y que demas desto el Rey de Francia, conforme á la dicha capitulacion de Madrid, tomaba á su cargo de pagar al mismo Rey de Inglaterra lo que le debía el Emperador, por razon de la indemnizacion que le prometió pasando por su reino. Prometieron además los franceses, que ántes de entregarles los rehenes restituirían el Estado de Génova y lo que hubiesen ocupado en Italia. Los embajadores de Francia é Inglaterra entretenían al Emperador diciendo que no tenían poder para concluir, y fué menester esperar las ratificaciones, entre tanto que iban ganando tierra en Italia y apoderándose de Alejandría, Pavía y otros sitios del Estado de Milan.

Así tuvieron suspenso al Emperador hasta que, pareciéndoles que si más tardaban en enviar la respuesta se descubriría el engaño, envió el Rey de Francia un Secretario suyo, nombrado Bayard, en España, que en la una mano llevaba ciertos capítulos con que entretener todavía al Emperador, y en la otra dos carteles, uno del Rey de Francia y otro del Rey de Inglaterra, para desafiarle cuando les pareciese tiempo. Llegó este Secretario á Búrgos, donde á la sazón el Emperador estaba, á 12 de Diciembre (1527), diciendo que traía la resolucion de la paz. Y venidos los Embajadores de Francia é Inglaterra al Emperador, disimulando los carteles que tenían para desafiarlo, dijeron que le darían por escrito lo que el Rey de Francia quería hacer. Y dieron una escritura, en que, allende de otras muchas cosas

que quitaban de lo anteriormente ofrecido, quería que el Emperador restituyese en su Estado al Duque Francisco Esforcia, aunque se hallase haberle ofendido; de la restitucion de Génova y Condado de Aste no hablaban palabra, ni querían retirar el ejército que tenían en Italia, hasta que hubiesen cobrado los hijos del Rey de Francia que estaban en rehenes en poder del Emperador. ... Y sabiendo los Embajadores de Francia é Inglaterra cómo el Papa había sido libertado por los ministros del Emperador, porque su prisionera era la principal causa que ellos tenían puesta en sus carteles de desafío, viendo que si el Emperador supiera la libertad del Papa ántes que ellos lo desafiaran, perdiera mucha de su autoridad el desafío, determinaron de apresurarlo valiéndose de fútiles pretextos. (Que diese libertad al Papa y á los hijos del Rey de Francia y pagase al Rey de Inglaterra lo que le debía).

La noche ántes de presentarse los Reyes de armas de Francia é Inglaterra á notificar al Emperador el desafío, llegaron cartas de Italia participando hallarse ya el Papa en libertad.»

(Refiere á continuacion detenidamente la historia del desafío.)



DIALOGO ENTRE LACTANCIO Y UN ARCEDIANO (1).

ARGUMENTO.

Un caballero mancebo de la corte del Emperador, llamado Lactancio, topó en la plaza de Valladolid con un Arcediano que venía de Roma en hábito de soldado, y entrando en San Francisco, hablan sobre las cosas en Roma acaecidas. En la primera parte muestra Lactancio al Arcediano cómo el Emperador ninguna culpa en ello tiene; y en la segunda cómo todo lo ha permitido Dios por el bien de la cristiandad.

ARCEDIANO. Pues que eso preguntais, no lo debeis saber todo. Hágoos saber que ya no hay hombre en Roma que ose parecer en hábito eclesiástico por las calles.

LACTANCIO. ¿Qué decís?

ARC. Digo, que cuando yo partí de Roma, la persecucion contra los clérigos era tan grande que no había hombre que en hábito de clérigo ni de fraile osase andar por las calles.

LAC. ¡Oh maravilloso Dios, y cuán incomprensibles son tus juicios! Veamos, señor: ¿y hallastes os dentro en Roma cuando entró el ejército del Emperador?

ARC. Sí, por mis pecados: allí me hallé, ó por

(1) Tomamos de este *Diálogo* sólo aquello que más directamente se refiere á lo acaecido en el saco de Roma, omitiendo las discusiones teológicas y digresiones poco importantes á nuestro asunto.

mejor decir, allí me perdí, pues de cuanto tenía, no me quedó más de lo que vedes.

LAC. ¿Por qué no os metiades entre los soldados españoles y salvárades vuestra hacienda?

ARC. Mis pecados me lo estorbaron, y cupiéronme en suerte no sé qué alemanes; que no pienso haber ganado poco en escapar la vida de sus manos.

LAC. ¿Es verdad todo lo que de allá nos escriben y por acá se dice?

ARC. Yo no sé lo que de allá escriben, ni lo que acá dicen; pero sé os decir que es la más recia cosa que nunca hombres vieron. Yo no sé cómo acá lo tomáis. Paréceme que no haceis caso dello. Pues yo os doy mi fe que no sé si Dios lo querrá ansi disimular. I aún si en otra parte estoviésemos, donde fuese lícito hablar, yo diría perrierías desta boca.

LAC. ¿Contra quién?

ARC. Contra quien ha hecho más mal en la Iglesia de Dios, que ni los turcos ni paganos osaran hacer.

LAC. Mirad, señor Arcedianó, bien puede ser que esteis engañado, echando la culpa á quien no la tiene. Entre nosotros todo puede pasar. Decidme vos lo que acerca desto sentís, y quizá os desengañaré yo de manera que no culpeis á quien no debeis de culpar.

ARC. Yo soy contento de declararos lo que siento acerca desto, pero no en la plaza. Entrémonos aquí en Sant Francisco y hablaremos de nuestro espacio.

LAC. Sea como mandáredes.

ARC. Pues veamos, señor Lactancio: ¿pareceos cosa de sufrir qu'el Emperador haya hecho en Roma lo que nunca infieles hicieron, y que por

su pasión particular y por vengarse de un no sé qué, haya así querido destruir la Sede apostólica con la mayor inominia, con el mayor desacato y con la mayor crueldad que jamás fué oída ni vista? Sé que los godos tomaron á Roma, pero no tocaron en la iglesia de Sancto Pedro, no tocaron las reliquias de los Sanctos, no tocaron en cosas sagradas. Y aquellos medio-cristianos tovieron este respeto, y agora nuestros cristianos, aunque no sé si son dignos de tal nombre, ni han dejado iglesias, ni han dejado monasterios, ni han dejado sagrarios: todo lo han violado, todo lo han robado, todo lo han profanado: que me maravillo cómo la tierra no se hunde con ellos y con quien se lo manda y consiente hacello. ¡Qué os parece que dirán los turcos, los moros, los judíos y los luteranos, viendo así maltratar la cabeza de la christiandad? ¡Oh, Dios, que tal sufres! ¡Oh, Dios, que tan gran maldad consientes! ¡Esta era la defensa que esperaba la Sede apostólica de su defensor? ¡Esta era la honra que esperaba España de su Rey tan poderoso? ¡Esta era la gloria, éste era el bien, éste era el acrecentamiento que esperaba toda la cristiandad? ¡Para esto adquirieron sus abuelos el título de Católicos? ¡Para esto juntaron tantos reinos y señoríos debajo de un señor? ¡Para esto fué elegido por Emperador? ¡Para esto los Romanos Pontífices le ayudaron á echar los franceses de Italia, para que un día deshiciese él todo lo que sus predecesores con tanto trabajo y en tanta multitud de años fundaron? ¡Tantas iglesias, tantos monasterios, tantos hospitales, donde Dios solía ser servido y honrado, destruidos y profanados! ¡Tantos altares... y aún

la misma Iglesia del Príncipe de los Apóstoles, ensangrentados! ¡Tantas reliquias robadas y con sacrílegas manos maltratadas! ¿Para esto juntaron sus predecesores tanta santidad en aquella ciudad? ¿Para esto honraron las iglesias con tantas reliquias? ¿Para esto les dieron tantos ricos atavíos de oro y de plata, para que viniese él, con sus manos lavadas, á robarlo, á deshacerlo, á destruirlo todo? ¡Soberano Dios! Será posible que tan gran crueldad, tan gran insulto, tan abominable osadía, tan espantoso caso, tan execrable impiedad quede sin muy recio, sin muy grave, sin muy evidente castigo? Yo no sé cómo acá lo sentís; y si lo sentís, no sé cómo lo podeis disimular.

LAC. Yo he oido con atencion todo lo que habeis dicho; y á la verdad, aunque en ello he oido hablar á muchos, á mi parecer vos lo acrimináis y afeáis más que ningun otro, y en todo venís muy mal informado; y me parece que, no la razon mas la pasion de lo que habeis perdido, os hace decir lo que habeis dicho.... Lo primero que haré será mostraros cómo el Emperador ninguna culpa tiene en lo que en Roma se ha hecho; y lo segundo cómo todo lo que ha acaecido ha sido por manifiesto juicio de Dios para castigar aquella ciudad, donde con gran ignominia de la religion cristiana reinaban todos los vicios que la malicia de los hombres podía inventar, y con aquel castigo despertar el pueblo cristiano, para que remedios los males que padece; abramos los ojos y vivamos como cristianos, pues tanto nos preciamos de este nombre.

ARC. Recia empresa habeis tomado; no sé si podreis salir con ella.

LAC. Cuanto á lo primero quiero protestaros que ninguna cosa de lo que aquí se digere, se dice en perjuicio de la dignidad ni de la persona del Papa... Y porque mejor nos entendamos, pues la diferencia es entre el Papa y el Emperador, quiero que me digais primero qué oficio es el de Papa y qué oficio es el de Emperador, y á qué fin estas dignidades fueron instituidas.

ARC. A mi parecer, el oficio del Emperador es defender sus súbditos y mantenerlos en mucha paz y justicia, favoreciendo los buenos y castigando los malos.

LAC. Bien decís: ¿y el del Papa?

ARC. Eso es más dificultoso de declarar; porque si miramos al tiempo de Sanct Pedro es una cosa, y si al de agora otra.

LAC. Cuando yo os pregunto para qué fué instituida esta dignidad, entiendo que me habeis de decir la voluntad y intencion del que la instituyó.

ARC. A mi parecer fué instituida para que el Sumo Pontífice tuviese autoridad de declarar la Sagrada Escritura, y para que enseñase al pueblo la doctrina cristiana, no solamente con palabras mas con ejemplo de vida, y para que con lágrimas y oraciones continuamente rogase á Dios por su pueblo cristiano, y para que éste tuviese el supremo poder de absolver á los que hubiesen pecado y se quisiesen convertir, y para declarar por condenados á los que en su mal vivir estuviesen obstinados; y para que con continuo cuidado procurase de mantener los cristianos en mucha paz y concordia; y finalmente para que nos quedase acá en la tierra quien muy de véras representase la vida y sanctas costumbres de Jesucristo Nuestro

Redemptor, porque los humanos corazones más aína se atraen con obras que con palabras. Esto es lo que yo puedo colegir de la Sagrada Escritura. Si vos otra cosa sabeis decidla.

LAC. Basta eso por agora y mirad no se os olvide, porque lo habremos menester á su tiempo.

ARC. No hará.

LAC. Pues si yo os muestro claramente que, por haber el Emperador hecho aquello á que vos mesmo habeis dicho ser obligado y por haber el Papa dejado de hacer lo que debía por su parte, ha sucedido la destruccion de Roma, ¿á quién echareis la culpa?

ARC. Si vos eso haceis, lo que yo no creo, claro está que la terná el Papa.

LAC. Decidme, pues, agora vos: pues decís que el Papa fué instituido para que imitase á Jesucristo, ¿cuál pensais que Jesucristo quisiera más, mantener paz entre los suyos ó levantarlos y revolverlos en guerra?

ARC. Claro está que el autor de la paz ninguna cosa tiene por más abominable que la guerra.

LAC. Pues veamos; ¿cómo será imitador de Jesucristo el que toma la guerra y deshace la paz?

ARC. Ese tal muy léjos estaría de imitarle. ¿Pero á qué propósito me decís vos agora eso?

LAC. Digooslo porque, pues el Emperador defendiendo sus súbditos como es obligado, el Papa tomó armas contra él haciendo lo que no debía, y deshizo la paz y levantó nueva guerra en la cristiandad, ni el Emperador tiene culpa de los males sucedidos, pues hacía lo que era obligado en defender á sus súbditos, ni el Papa puede estar sin ella, pues hacía lo que no debía en romper la paz y mover guerra en la cristiandad.

ARC. ¿Qué paz deshizo el Papa ó qué guerra levantó en la cristiandad?

LAC. Deshizo la paz que el Emperador había hecho con el rey de Francia, y revolvió la guerra que agora tenemos, donde por justo juicio de Dios le ha venido el mal que tiene.

ARC. Bien estais en la cuenta. ¿Dónde hallais vos que el Papa levantó ni revolvió la guerra contra el Emperador, despues de hecha la paz con el rey de Francia?

LAC. Porque luego, como fué suelto de la prision, le envió un breve en que le absolvía del juramento que había hecho al Emperador, para que no fuese obligado á cumplir lo que le había prometido, porque más libremente pudiese mover guerra contra él.

ARC. ¿Por dónde sabeis vos eso? Así hablais como si fuédes del Consejo secreto del Papa.

LAC. Por muchas vías se sabe, y por no perder tiempo, mirad el principio de la liga que hizo el Papa con el rey de Francia, y vereis claramente cómo el Papa fué el promotor della. Y siendo esta tan gran verdad, que aún el mismo Papa lo confiesa, ¿paréceos ahora á vos que era esto hacer lo que debía un Vicario de Jesucristo? Vos decís que su oficio era poner paz entre los discordes, y él sembraba guerra entre los concordos. Decís que su oficio era enseñar al pueblo con palabras y con obras la doctrina de Jesucristo, y él les enseñaba todas las cosas á ella contrarias. Decís que su oficio era rogar á Dios por su pueblo, y él andaba procurando de destruirlo. Decís que su oficio era imitar á Jesucristo, y él en todo trabajaba de serle contrario. Jesucristo fué pobre y humilde, y él por acrecentar no sé qué señorío temporal, ponía

toda la cristiandad en guerra. Jesucristo daba bien por mal, y él mal por bien, haciendo liga contra el Emperador, de quien tantos beneficios había recibido. No digo esto por injuriar al Papa; bien sé que no procedía dél, y que por malos consejos era á ello instigado.

ARC. Desá manera, ¿quién terná en eso la culpa?

LAC. Los que lo ponían en ello y tambien él, que tenía cabe sí ruin gente.

ARC. El Papa tuvo mucha razon en tomar esta guerra contra el Emperador: lo uno, porque primero él no había querido su amistad, y lo otro porque tenía tomado y usurpado el Estado de Milan, despojando dél al Duque Francisco Esforcia. En viendo el Papa esto, se temía que otro dia haría otro tanto contra él quitándole las tierras de la Iglesia. Luego con mucha justicia y razon tomó el Papa las armas contra el Emperador, así para compelerle á que restituyese su Estado al Duque de Milan, como para asegurar el Estado y tierras de la Iglesia.

LAC. Maravillado estoy que un hombre de buen juicio como vos hayais dicho una cosa tan fuera de razon como esa. Veamos: ¿y eso hacía el Papa como Vicario de Cristo ó como Julio de Médicis?

ARC. Claro está que lo hacía como Vicario de Cristo.

LAC. Pues digo que el Emperador, aunque contra toda razon y justicia quitara todo su Estado al Duque de Milan, ¿qué tenía que hacer en eso el Papa? ¿Para qué se quiere meter él donde no le llaman y en lo que no toca á su oficio?... ¿Dónde hallais vos que Jesucristo insti-



tuyó su Vicario para que fuese juez entre príncipes y seglares, cuanto más ejecutor y revolvedor de guerra entre cristianos?... ¿Qué tiene que hacer el emperador Nero ni Dionisio Siracusano, ni cuantos crueles tiranos han hasta hoy reinado en el mundo para inventar tales crueldades, como el ejército del Papa, después de haber rompido la tregua hecha con Don Hugo de Moncada, hizo en tierras de Coloneses, que dos cristianos tomasen por las piernas una noble doncella virgen, y teniéndola desnuda, la cabeza baja, viniese otro, y así viva, la partiese por medio con una alabarda? ¡Oh crueldad, oh impiedad, oh execrable maldad! ¿Y qué había hecho aquella pobre doncella? ¿Y qué habían hecho las mujeres preñadas que, en presencia de sus maridos, las abrían los vientres con las crueles espadas, y sacada la criatura, así caliente, la ponían á asar ante los ojos de la desventurada madre?... ¿Cuál judío, turco, moro ó infiel querrá ya venir á la fe de Jesucristo, pues tales obras recibimos de sus Vicarios?...

ARC. No puedo negaros que no sea recia cosa, mas está ya tan acostumbrado en Italia no tener en nada el Papa que no hace la guerra, que ternían por muy grande afrenta que en su tiempo se perdiese sola una de las almenas de las tierras de la Iglesia.

LAC. Por no seros prolijo quiero dejar infinitas razones, que para confundir esa razon podría yo aquí alegar. Mas vengamos á la extremidad. Digo que el Emperador quisiera tomar las tierras de la Iglesia, ¿no os parece que fuera menor inconveniente que el Papa perdiera todo su señorío temporal, que no que la

cristiandad y la honra de Jesucristo padeciera lo que ha padecido?

ARC. No, por cierto. ¿Y así queríades vos despojar á la Iglesia?

LAC. ¿Cómo despojar á la Iglesia? ¿A quién llamais Iglesia?

ARC. Al Papa y á los Cardenales.

LAC. ¿Y todo el resto de los cristianos no será tambien Iglesia como esos?

ARC. Dicen que sí.

LAC. Luego el señorío y auctoridad de la Iglesia más consiste en hombres que no en gobernacion de ciudades; y por consiguiente entónces estará la Iglesia muy acrecentada cuando hobiere muchos cristianos: entónces despojada cuando hobiere pocos.

ARC. A mí así me parece.

LAC. Si es necesario y provechoso que los Sumos Pontífices tengan señorío temporal ó no, véanlo ellos. Cierto, á mi parecer, más libremente podían entender en las cosas espirituales, si no se ocupasen en las temporales...

ARC. Vos estais tan santo que no cumple tocarme con vos. Cierto, no os habríamos menester en Roma.

LAC. Ni aún yo querría vivir entre tan ruin gente.

ARC. ¿Como la que agora hay?

LAC. Ni aún como la que había; que entre ruin ganado no hay que escoger.

ARC. ¡Cómo! ¿Y teneisnos á nosotros por tan malos como aquellos desuella-caras?

LAC. Por tan malos, y aún no estoy en dos dedos de decir que por peores.

ARC. ¿Por qué?

LAC. Porque sois mucho más perniciosos á toda la república cristiana con vuestro mal ejemplo.

ARC. ¿Y aquellos?

LAC. Aquellos no hacen profesion de ministros de Dios como vosotros, ni tienen de comer por tales como vosotros, ni hay nadie que les quiera ni deba imitar como á vosotros. Esperad, pues, que aún no habemos acabado. Hasta agora he tratado la causa llamando al Papa Vicario de Jesucristo; agora quiero tratarla haciendo cuenta ó fingiendo que él tambien es príncipe seglar como el Emperador, porque más á la clara conozcais el error en que estábades. Quanto á lo primero, cosa es muy averiguada que el Papa hubo esta dignidad por favor del Emperador; é habida, ¡mirad qué agradecimiento! luego se concertó con el Rey de Francia, cuando pasó en Italia y dejó la amistad del Emperador, y aún dicen algunos que el mismo Papa lo instó á que pasase en Italia. Y no obstante esto, el Emperador, habida la victoria contra el Rey de Francia, no solamente no quiso quitar al Papa las ciudades de Parma y Plasencia, como de justicia y razon lo podía hacer, mas ratificó la liga que sus embajadores con él hicieron. Pero el Papa, no contento con esto, comenzó á tratar nueva liga en Italia contra el Emperador, estando el Rey de Francia preso. Mas descubrióse la cosa que secretamente trataban y no hubo efecto. Y no bastó para que el Emperador no procurase, por todas las vías á él honestas y razonables, de contentar al Papa, porque él fuese medianero en la paz que se trataba entre él y el Rey de Francia, y no la estorbase, mas nunca lo pudo alcanzar. Concluyóse en este

medio la paz con Francia, y luego que el Rey fué suelto, comenzó el Papa á procurar de hacer nueva liga con el Rey contra el Emperador sin haberle dado causa alguna para ello, y esto á tiempo que los turcos con un poderoso ejército comenzaron á entrar por el reino de Hungría. ¿Paréceos que era gentil hazaña? Estaban los enemigos á la puerta, y él revolvió nueva guerra en casa. Requería al Emperador que no se aparejase para resistir al Turco, y él secretamente se aparejaba para hacer guerra al Emperador. ¿Paréceos que eran estas obras de un príncipe cristiano?

ARC. Veamos: y el Emperador, ¿por qué no hacía ver la justicia del Duque de Milan? Y si nó había errado, ¿no era razon que le restituyese su Estado?

LAC. Sí, por cierto; pero mirad, señor: el Emperador puso en el Estado de Milan al Duque Francisco Esforcia pudiéndolo tomar para sí, pues tiene á él mucho más derecho que el mismo Duque; y sólo por la paz y sosiego de Italia y de toda la cristiandad lo quiso dar á un hombre de quien nunca servicio había recibido. Y despues S. M. fué informado por sus capitanes que el Duque había entendido y sido parte en la liga que el Papa y los otros potentados de Italia hicieron contra él; y pues en ello había cometido crimen *lesae majestatis*, era razon que, como rebelde, fuese privado de su Estado.

ARC. ¿Cómo quereis privar un hombre sin ser oido?

LAC. ¿Por qué no, cuando el delito es evidente y manifiesto, y de la dilacion se podrían seguir inconvenientes, como entónces que estaba el

ejército del Emperador en extremo peligro, si no se apoderaba de las ciudades y villas de aquel Estado de Milan?

ARC. ¿Pues por qué despues el Emperador no habia querido hacer informacion para saber la verdad y restituirle su Estado, si se hallara sin culpa?

LAC. ¿Y cuándo vistes vos oir por procurador un reo en caso criminal, especialmente donde interviene crimen *lesae majestatis*? Presentárase él y oyéranle á justicia. De otra manera, él no presentarse le hacía culpado.

ARC. Temíase de los capitanes del Emperador, que le tenían mala voluntad.

LAC. A la fe, temíase de su poca justicia. Sino mirad que luego que salió fuera del castillo de Milan, se juntó con los enemigos del Emperador. Y tambien, ¿qué tenía el Papa que hacer en esto? ¿Si un príncipe quiere castigar á su vasallo, háse él de entremeter en ello? Y aunque lo hobiese de hacer y fuese éste su oficio, ¿no bastaba que el Emperador le envió á Don Hugo de Moncada ofreciéndole todo lo que él pedía? ¿Qué hombre hay en el mundo que no quisiera más uno en paz que dos en guerra? Cuanto más dándole con la paz todo lo que él pedía con la guerra. Si el Papa tanto deseaba que el Duque Francisco Esforcia fuese restituido en su Estado, solamente porque ni el Emperador se quedase con él, ni lo diese al infante Don Hernando, su hermano, ¿por qué no aceptaba lo que Don Hugo de Moncada le ofrecía de parte del Emperador, que era contento que aquel Estado estuviese en poder de terceros, hasta que la justicia del Duque fuese vista, y que si no tenía culpa en lo que le acu-

saban, prometía de hacérselo luego restituir, y si se hallase culpado y hobiese de ser privado de su Estado, que S. M. prometía de no tomarlo para sí ni darlo al Infante Don Hernando, su hermano, sino al Duque de Borbon, que era uno de los que el mismo Papa para esto había nombrado primero? ¿Quereis que os diga? El Papa pensaba tener la cosa hecha, y que, desbaratado el ejército del Emperador, no solamente lo echarían de Lombardía, mas de toda Italia, y le quitarían todo el reino de Nápoles, como tenían concertado y áun entre sí partido; y con esta esperanza el Papa no quiso aceptar lo que con Don Hugo el Emperador le ofreció.

ARC. Antes no fué por eso, sino que ya él estaba concertado con los otros, y no quería romper la fe que les había dado.

LAC. ¡Gentil achaque es ese! ¿Y qué más miel tenía la fe que había dado al Rey de Francia para destruir la cristiandad que la que primero dió al Emperador para remedio de ella? Antes de razon debía guardar lo que dió al Emperador y romper la que dió al Rey de Francia. ¿No sabeis que juramento, hecho en daño y perjuicio del prójimo, no se debe guardar?...

ARC. En eso yo confieso que teneis mucha razon; mas vos no considerais que el ejército del Emperador amenazaba de venir sobre las tierras del Papa, y que el Papa, como buen príncipe, pues príncipe lo quereis llamar, es obligado á defenderlas; y sabeis vos muy bien que el derecho natural permite á cada uno que defienda lo suyo.

LAC. Si el Papa guardara la liga que tenía hecha con el Emperador ó quisiera aceptar lo que de

nuevo le ofreció, no amenazara su ejército de venir sobre las tierras de la Iglesia..... Pongo por caso que el ejército del Emperador quisiera ocupar las tierras de la Iglesia; veamos, ¿cuál fuera más provechoso á los moradores de ellas; que el Papa de su propia voluntad las renunciara al Emperador ó hacer lo que ha hecho por defenderlas?

ARC. Si al provecho del pueblo se mirase, claro está que si el Papa diera todas aquellas tierras al Emperador, no padescieran tantos daños como han padescido; pero dadme un príncipe que haga eso.

LAC. Doy os el Emperador. ¿No sabeis vos que pudiera él muy bien, y con mucha razon y justicia, tomar para sí el Ducado de Milan y la Señoría de Génova, pues no hay ninguno que á ello tenga tanto derecho como él? Mas por que le pareció convenir más al bien del pueblo que diese lo uno al Duque Francisco Esforcia, y en lo otro pusiese los Adornos, lo hizo muy liberalmente, posponiendo su provecho particular al bien público, como cada buen príncipe debe hacer.

ARC. Si se hiciese lo que se debería hacer, espiritual y temporal, todo habría de ser del Papa.

LAC. ¿Del Papa? ¿por qué?

ARC. Porque lo gobernaría mejor y más santamente que ningun otro.

LAC. ¿Vos no teneis mala vergüenza de decir eso? ¿No sabeis que en toda la cristiandad no hay tierras peor gobernadas que las de la Iglesia?

ARC. Yo bien lo sé, mas no pensé que lo sabíades vos.

LAC. Pues luego ¿paréceos que el Papa hizo como

buen príncipe en tomar las armas contra el Emperador, de quien tantas buenas obras había recibido, rompiendo la paz y la amistad que con él tenía?

ARC. Sé que el Papa no tomó las armas contra el Emperador, sino contra aquel desenfrenado ejército, que hacía horribles extorsiones y cosas abominables en aquel Estado de Milan, y era justo que aquella pobre gente fuese libre de aquella tal tiranía.

LAC. Maravillome de vos que digais tal cosa. Veamos: si el Papa quisiera mantener el amistad con el Emperador qué había menester S. M. tener ejército en Italia, pues que ya lo había mandado despedir? Mas, cuando supo de la liga que se tramaba contra él, fué forzado á entreterlo. Si el Papa no pretendía sino la libertad y restitucion del Duque de Milan, y librar aquel Estado de las vejaciones del ejército del Emperador y asegurar las tierras de la Iglesia, ¿por qué no tomaba la amistad del Emperador con que se remediaba todo, pues era rogado y requerido con ella? Y si el Papa no quería más de lo que vos decís ¿qué culpa tenía el reino de Nápoles que lo tenían ya entre sí repartido? ¿Qué culpa tenían las ciudades de Génova y Sena, que tenían la una por mar y la otra por tierra cercadas? Quería evitar las extorsiones y vejaciones que el ejército del Emperador hacía en Lombardía, y no solamente acrecentaba aquellas, mas daba causa para que se hiciesen muchas más en toda Italia y aún en toda la cristiandad. Leed la capitulacion de la liga hecha entre el Papa y el Rey de Francia, venecianos y florentines, y vereis si era eso lo que el Papa buscaba. ¿Qué le ha-



bía hecho el Emperador, porque debiese tomar las armas contra él?

ARC. ¿No os he dicho que el Papa no tomó las armas contra el Emperador, sino contra su desenfrenado ejército?

LAC. ¿De manera que la guerra no era sino contra el ejército?

ARC. No.

LAC. Pues si contra el ejército era y el ejército se ha vengado, ¿por qué echais la culpa al Emperador?

ARC. Porque el Emperador los sostenía y les envió más gente con que hiciesen lo que hicieron.

LAC. ¿Vos no decís que el oficio del Emperador es defender sus súbditos y hacer justicia? Pues si el Papa se los quería maltratar y ocupar sus reinos y señoríos y impedir que no pudiese hacer justicia del Duque de Milan, como es obligado, por fuerza había de mantener y aumentar su ejército para poderlos defender y amparar, pues dejándolo de hacer, ya dejaba de ser buen Emperador.

ARC. En eso teneis razon. Mas decidme, ¿paréceos que fué bien hecho que el Emperador mandase hacer el insulto que Don Hugo y los Coloneses hicieron en Roma?

LAC. Nunca el Emperador tal mandó.

ARC. ¡Cómo! ¿No mandó él que Don Hugo y los Coloneses entrasen en Roma y procurasen de prender al Papa?

LAC. No: que no lo mandó; y aunque lo mandara, ¿pareceos que fuera mal hecho?

ARC. ¡Válame Dios! ¿Y eso quereis vos defender?

Mas digo que sea como vos decís, veamos: á lo ménos ¿no fuera razon que, hecho ese insulto,

el Emperador castigara á los que saquearon el Sacro Palacio y el templo de Sanct Pedro?

LAC. Ciertó, mejor fuera que el Papa no rompiera la tregua ni la fe que dió á Don Hugo,

ARC. Sé que no la rompió él.

LAC. ¿Pues quién hizo la guerra contra los Coloneses?

ARC. Eso hizose en nombre del Colegio y no del Papa.

LAC. No me digais esas niñerías. ¿Cúyos eran los capitanes? ¿cúya era la gente? ¿quién la pagaba? ¿cúyas las banderas? ¿á quién obedecían? Esas son cosas para entre niños. Mas me maravillo de quien tan gran vanidad inventa y de los Cardenales que tal cosa consintieron se hiciese en su nombre. Mas muy bien está, pues los ha Dios castigado.

ARC. ¿No queríades que el Papa castigase los Coloneses, pues son sus súbditos?

LAC. No, pues había dado su fe de no hacerlo, y rompía la tregua, siempre que tomaba las armas contra ellos. Y sabía que el Emperador no lo había de consentir, pues los Coloneses también son sus súbditos como del Papa, y es obligado, como buen príncipe, de ampararlos y defenderlos.

ARC. Pues veamos: ya que esa tregua se rompió y de la una parte y de la otra se hicieron muchos males, ¿por qué el Emperador despues no quiso guardar la otra tregua, que el Vicerrey de Nápoles hizo con el Papa, al tiempo que estaba perdida mucha parte del reino de Nápoles y todo el resto en manifesto peligro de perderse?

LAC. ¿Cómo que no la quiso guardar? Antes os digo de verdad que en viniendo á sus manos

la capitulacion de esa tregua, aunque las condiciones de ella eran injustas y contra la honra y reputacion del Emperador, luego Su Majestad, sin tener respecto á lo que el Papa habia hecho con tanta deshonestidad, dando investiduras de sus reinos á quien ningun derecho tenia á ellos, cosa de que los niños se debrian aún burlar, la ratificó y aprobó, mostrando cuánto deseaba la amistad del Papa y estar en conformidad con él, pues queria más aceptar condiciones de concordia injusta, que seguir la justa venganza que tenia en las manos. Mas por permission de Dios que tenia determinado de castigar sus ministros, la capitulacion tardó tanto en llegar acá, y la ratificacion en ir allá, que ántes que llegase, estaba ya hecho lo que se hizo en Roma. Y cierto, si bien lo quereis considerar, ninguno tuvo la culpa sino el mesmo Papa, que pudiendo vivir en paz, buscó la guerra; y esa tregua más la hizo por necesidad que no por virtud, cuando vido la determinacion con que iba á Roma el ejército del Emperador. ¿Y no fuera más razon que vosotros guardárades la que hicistes con Don Hugo? Habiendo así rompido aquella, ¿qué se podía esperar sino que otro tanto haríades á ésta, si el ejército se volvía? Y ya que vistes que el ejército no se queria volver ¿por qué no moderastes aquellas injustas condiciones que en la tregua habíades puesto y volviórase el ejército y Roma quedara libre?

ARC. Querían que les diese el Papa dineros.

LAC. ¿Y por qué no se los daba?

ARC. ¿Mas por qué se los había de dar, no siendo obligado á ello?

LAC. ¿Cómo que no era obligado? Veamos: ¿para

qué dan los cristianos al Papa las rentas que tiene?

ARC. Para que las gaste y despenda en aquello que más bien y más provechoso sea á la república.

LAC. ¿Pues qué cosa pudiera ser más provechosa que hacer volver aquel ejército? Claro está que aunque las cosas sucedieran como el Papa las demandaba, pasando aquel ejército adelante, no se podían escusar muertes de hombres, ni las otras malas venturas que la guerra trae consigo.

ARC. Decís verdad; mas por qué el Emperador no paga á su ejército y será obediente á sus capitanes? Bien sé yo que no quedó por el Duque de Borbon que la tregua no se guardase, mas el ejército no le obedecía, porque no era pagado, y esto es culpa del Emperador.

LAC. Si el Emperador no paga su gente, quizá lo hace porque no tiene con qué.

ARC. Pues si no tiene con qué ¿por qué quiere hacer guerra?

LAC. Mas por qué se la haceis vosotros y le forzais á que mantenga ejército para defenderse? Sé que el Emperador en paz se estaba, si vosotros no le moviérades guerra.

ARC. Y aún yo os prometo que si el ejército no hiciera tan extrema diligencia, que él toviera bien que hacer en defenderse, y creo que no le quedara hoy al Emperador un palmo de tierra en toda Italia.

LAC. ¿Cómo?

ARC. Tenía ya el Papa hecha otra nueva liga, muy más recia que la primera, en que el Rey de Inglaterra tambien entraba, y el Papa prometía de descomulgar al Emperador y á todos

los de su parte y privarlo de los reinos de Nápoles y Sicilia y continuar contra él la guerra hasta que, por fuerza de armas, le hiciese restituir al Rey de Francia sus hijos.

LAC. Gentil cosa era esa. ¿No fuera mejor hacer volver el ejército que encender otro nuevo fuego?

ARC. Mejor; pero al fin los hombres son hombres y no se pueden así todas veces domeñar á lo que la razon quiere. Mas venid acá: aunque en todo lo que habeis dicho tengais la mayor razon del mundo, ¿pareceos á vos gentil cosa que con aquellos alemanes, peores que herejes, y con aquella otra canalla de españoles y italianos, que no tienen fe ni ley, haya el Emperador permitido que se destruya aquella santa ciudad de Roma, que, mala ó buena, al fin es cabeza de la cristiandad y se le debía tener otro respeto?

LAC. Yo os hé claramente mostrado cómo esto no se hizo por mandado ni por voluntad del Emperador, pues allende que vosotros le habíades comenzado á hacer guerra, cuando la tregua se hizo, luego que le fué presentada, la ratificó.

ARC. ¿Por qué tenía tan mala gente en Italia, que como lobos hambrientos vinieron á destruir aquella Santa Sede apostólica.

LAC. Si vosotros quisiéradés estar en paz, como debíades, y no moviérades guerra contra el Emperador, pues no os pedía nada, no fuera menester que él mantuviera ni enviara esa gente en Italia. ¿Quefeis vosotros que os sea lícito hacer guerra y que á nosotros no nos sea lícito defendernos? ¡Gentil manera de vivir!

ARC. Séaos lícito, mucho en hora buena, pero no con herejes, no con infieles.

LAC. Por cierto, vos habláis muy mal, porque cuanto á los alemanes no os consta á vos que sean luteranos ni áun es de creer, pues los envió el Rey Don Hernando, hermano del Emperador, que persigue á los luteranos. Antes vosotros recibistes en vuestro ejército los luteranos, que se vinieron huyendo de Alemania, y con ellos hicistes guerra al Emperador. Pues cuanto á los españoles y italianos, que vos llamáis infieles; si el mal vivir quereis decir que es infidelidad ¿qué mas infieles que vosotros? ¿Dónde se hallaron más vicios ni áun tantos ni tan públicos ni tan sin castigo como en aquella corte romana? ¿Quién nunca hizo tantas crueldades y abominaciones como el ejército del Papa en tierra de Coloneses? Si los del Emperador son infieles, porque viven mal, ¿por qué no lo serán los vuestros que viven peor? Si á vosotros os es lícito hacer guerra con gente que teneis por infieles, ¿por qué no nos será lícito á nosotros defendernos con gente que no tenemos por infieles? ¿Qué niñería es esa? Lo que vosotros haceis contra el Emperador, no lo haceis contra él sino contra su ejército, y lo que el ejército hace contra vosotros, no lo hace el ejército, sino el Emperador?

ARC. Digo que el ejército lo hiciese sin mandado, sin consentimiento, sin voluntad del Emperador; y que S. M. no haya tenido culpa ninguna en ello; veamos, ya que es hecho, ¿por qué no castiga á los malhechores?

LAC. Porque conoce ser la cosa más divina que humana, y porque acostumbra á dar antes bien por mal que no mal por bien. Gentil cosa sería que castigase él á los que pusieron sus vidas por su servicio!

ARC. Pues ya que no los quiere castigar, ¿por qué se quiere más servir de gente que tan recio y abominable insulto ha hecho?

LAC. Por dos respectos: por evitar los daños, que andando sueltos harían, y por resistir al fuego que vosotros encendistes. Donosa cosa sería que pasando franceses en Italia el Emperador deshiciese su ejército.

ARC. Ya no me queda que replicar. Cierto en esto vos habeis largamente cumplido lo que prometistes. Yo os confieso que en ello estaba muy engañado. Agora querría que me declarádes las causas porque Dios ha permitido los males que se han hecho en Roma, pues decís que han sido para mayor bien de la cristiandad...

.....

SEGUNDA PARTE.

LAC. Por acabar de cumplir lo que os prometí, allende de lo que en esto á la mesa habemos platicado, quanto á lo primero vos no me negareis que todos los vicios y todos los engaños que la malicia de los hombres puede pensar, no estoviesen juntos en aquella ciudad de Roma, que vos con mucha razon llamais Sancta porque lo debería de ser.

ARC. Ciertamente, en eso vos teneis mucha razon; y sabe Dios lo que me ha parecido siempre dello y lo que mi corazon sentía de ver aquella ciudad, que de razon debería de ser ejemplo de virtudes á todo el mundo, tan llena de vicios, de tráfgos, de engaños y de manifiestas bellaquerías. Aquel vender de oficios, de beneficios, de bulas, de indulgencias, de dispensaciones tan sin vergüenza, que verdaderamente

parecía una irrisión de la fe cristiana, é que los ministros de la iglesia no tenían cuidado sino de inventar maneras para sacar dineros. Empeñó el Papa ciertos Apóstoles que había de oro y después hizo una imposición que se pagase en la expedición de las Bulas, *pro redemptione Apostolorum*. No sé cómo no tenían vergüenza de hacer cosas tan feas y perjudiciales á su dignidad.

LAC. Eso mismo dicen todos los que de allá vienen y eso mismo conocía yo cuando allá estuve.

(Advierte Lactancio al Arcediano las diversas veces que había sido amonestada la corte romana, ya por medio de buenos maestros y predicadores, ya por el excelente varon Erasmo Roterodamo para que se corrigiese de sus vicios, y no disminuyendo éstos sino yendo por el contrario en aumento permitió Dios se levantase Martin Lutero. Enumera la codicia y privilegios de los clérigos, censura su celibatismo y añade:)

LAC. Pues ves ahí: como vosotros no quisisteis oír las honestas reprensiones de Erasmo, ni ménos las deshonestas injurias de Luter, busca Dios otra manera de convertiros y permitió que los soldados que saquearon á Roma con Don Hugo y los Coloneses hiciesen aquel insulto de que vos os quejais, para que viendo que todos os perdían la vergüenza y el acatamiento que os solían tener, siquiera por temor de perder las vidas, os convirtiédeses, pues no lo queríades hacer por temor de perder las ánimas; pero como eso tampoco aprovechase, viendo Dios que no quedaba ya otro camino para remediar la perdicion de sus hijos, ha hecho agora con vosotros lo que vos decís que haría-



alides con el maestro de vuestros hijos que os los enseñase con sus vicios y no se quisiese enmendar.

ARC. Podrá ser lo que decís; ¿pero qué culpa tenían las imágenes, qué culpa tenían las reliquias, qué culpa tenían las dignidades, qué culpa tenía la buena gente, que así fué todo robado, saqueado y maltratado?

LAC. Contadme vos la cosa cómo pasó, pues os hallastes presente, y yo os diré la causa por qué, á mi juicio, Dios permitió cada cosa de las que con verdad me contáredes.

ARC. Mucha razón teneis, por cierto, y eso haré yo de muy buena voluntad, y oiré lo que digéredes de mucha mejor. Habeis de saber que el ejército del Emperador dejó en Sena esa poca de artillería que traía, y con mayor diligencia y celeridad que jamás fué oída ni vista, llegó á los muros de Roma á los cinco de Mayo?

LAC. Veamos; ¿por qué entónces el Papa no envió á pedir algun concierto?

ARC. Antes el buen Duque de Borbon envió á pedir querir al Papa que le enviase alguna persona, con quien pudiese tractar sobre su entrada en Roma; mas como el Papa se fiaba en la nueva liga que tenía hecha, y el ejército de la liga le había prometido de venirlo á sócorrer, no quiso enviar ningun concierto. Y cuando esto el ejército, al luego el dia siguiente por la mañana, determinó de combatir la ciudad, quiso nuestra mala ventura que en comenzando á combatir el Burgo, los de dentro mataron con un arcabuz al buen Duque de Borbon, cuya muerte ha sido causa de mucho mal.

LAC. Por cierto, que se me rompe el corazón en oír una muerte tan desastrada.

ARC. Causáronla vuestros pecados, porque si él viviera, no se hicieran los males que se hicieron.

LAC. ¡Pluguiera á Dios que vosotros no los toviéades! ¿Y quién nunca oyó decir que los peccados de la ciudad sean causa de la muerte del que los viene á combatir?

ARC. En esto se puede muy bien decir, porque el Duque de Borbón no venía para conquistarnos sino á defendernos de su mismo ejército: no venía á saquearnos, sino á guardar que no fuésemos saqueados. Nosotros debemos de llorar su muerte, que por él no háy hombre que no le deba de haber ántes envidia que mancilla, porque perdió la vida con la mayor honra que nunca hombre murió, y con su muerte alcanzó lo que muchos señalados capitanes nunca pudieron alcanzar; de manera que para siempre quedará muy estimada su memoria. Sola una cosa me da pena; el peligro con que fué su ánima, muriendo descomulgado.

LAC. ¿Por qué descomulgado?

ARC. Porque con mano armada estaba en tierras de la Iglesia y quería combatir la santa ciudad de Roma.

LAC. ¿No sabéis vos que dice un decreto que muchos están descomulgados del Papa que no lo están de Dios?

ARC. Allá se avenga. Pues tornando á nuestro propósito, el ejército del Emperador estaba tan deseoso de entrar en Roma, unos por robar y otros por el ódio muy grande que á aquella corte romana tenían, y otros por lo uno y por lo otro, que los españoles é italianos por una parte á escala vista, y los alemanes por otra

de parte rompiendo con vaivenes (1) el muro, entraron por el Burgo, adónde como sabeis está la Iglesia de Sanct Pedro y el Sacro Palacio.

LAC. Y áun muy buenas casas de Cardenales. De una cosa me maravillo, que teniendo los de dentro artillería y los de fuera ninguna, pudiesen así ligeramente entrar.

ARC. Verdaderamente fué una cosa maravillosa. ¿Quién pudiera creer que, habiéndolo dentro de Roma seis mil infantes allende del pueblo romano, todos determinados de defenderse y muy buena provision de artillería, aquella gente á espada y capa les entrasen, sin que muriesen más de ciento dellos?

LAC. Y de los vuestros, ¿cuántos murieron?

ARC. Ya sabeis vos cómo siempre suelen en caso semejante añadir. Quieren decir que seis mil hombres, pero á la verdad, no pasaron de cuatro mil, que luego se retrujeron á la ciudad. Y dígoos de verdad, que yo tuviera esta entrada por muy gran milagro si no viera despues aquellos soldados hacer lo que hacían.

LAC. Por do me parece no ser tan verisímile que Dios quisiese hacer tan gran milagro por ellos, sino por castigar á vosotros.

ARC. Creo que decís muy gran verdad.

LAC. Maravíllome que viendo muerto al Capitan general no desmayaron, como comunmente suele acaecer, y dejaron el combate.

ARC. Sí por cierto, en eso estaban los otros pensando. Antes su muerte les acrecentó el esfuerzo para acometer y énter con mayor ánimo.

LAC. Maravillas me contais.

(1) Vaivenes son cuerdas ó maromas. La impresion gótica dice: rompiendo con bavenes...

ARC. Así pasa; porque este buen Duque de Borbone era de todos tan amado que cada uno de ellos determinó de morir por vengar la muerte de su capitán.

LAC. Y aún esó debió de ser causa de las crueldades que se hicieron.

ARC. Es cosa muy averiguada.

LAC. ¡Oh, inmenso Dios, y cómo en cada particularidad destas manifiestas maravillas! ¿Qué esiste que este buen Duque muriese por executar con mayor rigor tu justicial. Pues veamos, señor, el Papa ¿dónde estaba entónces?

ARC. En su palacio, sin ningun temor; tan seguro que faltó muy poco que no fuese tomado.

Mas como él vió el pleito mal parado, retrújose al Castillo de Sanct Angel con trece Cardenales y otros Obispos y personas principales que con él estaban.

Y luego los enemigos entraron en el palacio y saquearon y robaron cuanto en él hallaron; é lo mismo hicieron en todas las

casas de Cardenales y otras gentes que vivían en el Burgo, sin perdonar á ninguno, ni á la

misma iglesia del Príncipe de los Apóstoles.

En esto tovieron harto qué hacer aquel dia sin que quisiesen probar á entrar en Roma, donde,

alçadas las puentes del Tíber, nuestra gente se había fortalecido.

LAC. Veamos: el pueblo romano, y aún vosotros todos cuando veíades las orejas al lobo, ¿por

qué no os concertábades con el ejército del Emperador? ¿Qué teníades que hacer vosotros con

la guerra que hacía el Papa?

ARC. Por cierto muy poco; pero ¿qué queríades que hiciésemos? ¿Nunca habeis oido decir que

*allá van las leyes do quieren reyes?* El pobré pueblo romano, viendo á la clara su destruc-